

PEPE RIBAS

Encuentro en Berlín, muerte en Verania



Llevaba escrito en la camiseta el lema «EL ÚLTIMO TERRITORIO», para que el enlace lo identificase sin pérdida de tiempo. Ernesto Usabiaga miró a derecha e izquierda, la calle parecía tranquila. Era domingo, 8 de julio de 2007. Berlín, distrito de Mitte. Sacó el móvil del bolsillo y, antes de apagarlo, comprobó la hora. Faltaban cuatro minutos para las diez de la noche. En ese momento, una ráfaga de viento barrió los adoquines arremolinando latas, botellas vacías y restos de periódicos. El aire arrastró también algunos de sus remordimientos.

Había atravesado el pasadizo que da al patio interior de Rosenthaler 39 y recorría el callejón entre destartalados edificios de tres plantas cubiertas de grafitis y pasquines rotos. Avanzaba entre los transeúntes tratando de aparentar indiferencia cuando observó por el rabillo del ojo a una pareja de japoneses filmando. Por nada del mundo podía aparecer en el vídeo con la caja de bombones. Ernesto giró en redondo, retrocedió hasta la entrada y se fue calle abajo. Cuando estuvo frente a la vidriera del Starbucks Coffee, se detuvo para asegurarse de que ningún curioso lo acechaba. No tardó en ver a los japoneses grabando los maniqués del escaparate de una tienda de moda, en la misma Rosenthaler.

Cruzó los dedos y respiró, no muy seguro de poder mantenerse frío y sereno mientras llevara el material encima. Era la hora y no se entretuvo. Al llegar a la plazoleta donde terminaba el patio interior, frente a la entrada del Esch Club, un hombre flaco, de tez morena, nariz ancha y pelo azabache, le colgó una bolsa del hombro sin

mediar palabra. Ernesto subió los peldaños de la entrada del club y se encerró en el baño. Abrió la bolsa, contó los billetes y orinó tranquilo.

El hombre esperaba en la plazoleta entre las figuras de unos autómatas de diez metros de altura hechas de hierro forjado. Las estrambóticas esculturas eran el reclamo de la tienda de cómics de la planta superior del edificio. Como todo estaba en orden, Ernesto le entregó la falsa caja de bombones. El enlace, parecido a los de las anteriores entregas, se fue hacia la calle. Cuando lo perdió de vista, decidió tomarse una copa en el Esch Club.

Había acumulado mucha tensión desde que Stanislav le había dado el material y las instrucciones en una de las mesas de una terraza de Kurfürstendamm dos horas antes. El paquete, de poco más de un palmo de largo y medio de ancho, estaba envuelto con papel de regalo negro y un lazo rojo. Ernesto sabía que dentro iba un disco de memoria de gran capacidad.

Le había recalcado que estuviera atento como un zorro. No debía arriesgarse. Si se fijaban en él, debía fingir que estaba de paseo y desaparecer. Stanislav era el hombre enjuto, con cara de ratón y dos dientes de oro que había encriptado la información de Maksim en un disco duro. Del bolsillo de la cazadora extrajo, de mala gana, un papel con un número de móvil que depositó sobre la mesa, junto a la jarra de cerveza. Ernesto entrevió el estuche de una pistola y se turbó. Las armas le daban pavor.

—Cítalo a las diez en punto. Media hora antes le envías un mensaje de texto indicándole el lugar. Esta vez elígelo tú, próximo a Hackescher Markt. Ahí tienes la camiseta que debes ponerte.

Siempre que Stanislav le hablaba sentía una opresión en el pecho. No había forma de borrar de su expresión una amenaza latente, aunque sus ojos no dejaran de buscar piernas bonitas. Por la acera se aproximaba una belleza alta y exuberante, con minifalda roja y melena negra hasta la cintura.

Stanislav estaba algo bebido.

—Y ahora te largas.

Ernesto había parado un taxi antes de que el ruso abordara a la chica. Tenía poco tiempo para esconder en el paquete el lápiz de memoria que le había pasado Maksim, del que Stanislav, por

supuesto, no sabía nada. Faltaban ochenta y cuatro minutos para la cita y esperaba encontrar la solución en un bazar turco abierto los domingos.

—Al ciento noventa y dos de Karl Marx Strasse, en Neukölln.

La entrega —la más peligrosa que había realizado, por la información que contenían el disco duro y el lápiz de memoria, según le había advertido Maksim— había concluido sin el menor contra-tiempo. Necesitaba una copa y decidió quedarse.

En el Esch, al fondo del salón, había una pequeña tarima que hacía de escenario. Un grupo interpretaba una pieza de psycho noise de baja intensidad. Quien tocaba el sintetizador, un músico rubio, casi albino, vestido de negro, que merodeaba por la tienda de vinilos donde Ernesto había trabajado, le lanzó una mirada que él devolvió con una media sonrisa.

El ambiente en tinieblas, solo iluminado por los focos y las velas que resaltaban las esculturas budistas que lo decoraban, más el humo de los porros y los cigarrillos, resultaba reconfortante. Ernesto se acercó a la barra y pidió una cerveza a la chica que la atendía, que no paraba de servir copas. La recordaba de cuando descubrió junto al club, tres días después de aterrizar en Berlín, el pequeño museo de Otto Weidt, quien había regentado una factoría de cepillos y escobas donde trabajaban judíos ciegos y sordomudos. La fábrica había sido declarada «empresa de utilidad pública» por orden del Ejército de Tierra del Tercer Reich.

Desde hacía diez años, Ernesto guardaba una foto del lugar, fechada a media contienda. Pero seguía sin saber qué hacía allí su abuela alemana, Inge Weide, vestida con el uniforme de la Cruz Roja o algo parecido, un misterio familiar que le intrigaba desde que esa imagen llegó a sus manos.

Ernesto Usabiaga era chileno, tenía treinta y dos años, y acababa de cerrar una misión comprometida que cumplía por lealtad a su amante y para ganarse un dinero que necesitaba para seguir viviendo en Berlín. Aunque Stanislav lo ignorase, el Esch, un club manejado por un colectivo radical que programaba actuaciones de artistas emergentes, era un lugar conocido. Ante cualquier emergencia no le habría resultado difícil esconderse en las carboneras

abandonadas, donde Weidt había ocultado judíos, que no eran ni ciegos ni sordomudos, para salvarles la vida.

El paisaje, a pesar de que los mugrientos ventanales habían sido reparados hacía ya mucho, probablemente a los pocos años de la reunificación, había cambiado poco. Las deterioradas ventanas del cine Central, en la misma plazoleta que el club, las de la tienda de cómics y las de las naves colindantes seguían tal cual, pese a las bombas y a los años transcurridos. Aún así, el lugar parecía devastado.

Los músicos dejaron de tocar de improviso y se esfumaron por una puerta trasera que daba al patio contiguo, como si temieran un atentado inminente. Entre la confusión, el barullo de voces y las protestas del público, Ernesto se aproximó al pequeño escenario e hizo un gesto a las tres jovencitas que ocupaban un sofá reciclado en busca de un lugar donde sentarse. La que estaba en uno de los extremos se hizo a un lado. A Ernesto le divirtió su facha. Llevaba el pelo teñido de rojo, el flequillo en punta y un moñito redondo sobre cada oreja. Cuando se hubo acomodado con la bolsa oculta entre el almohadón y la rabadilla, la chica se inclinó hacia él y vomitó una ristra de improperios contra los músicos chiflados. A Ernesto se le escapó una carcajada.

La pieza del nuevo grupo que saltó a escena era algo así como el zumbido de un tren con sirenas, bombos y explosiones convenientemente mezcladas que producían un efecto hipnótico y desolador. Los músicos iban con rodilleras y brazaletes de cuero, y hacían sonar la batería a manotazos. Un cincuentón calvo y huesudo, sentado en un taburete alto, le pasó un porro. Ernesto dio unas caladas al ritmo de la percusión. Luego se lo pasó a la chica del pelo rojo, tomó la jarra de cerveza y se la acabó de un trago.

Era tarde, el antro se había llenado de jóvenes enloquecidos, llevaba miles de euros en la bolsa y Maksim Kazantsev lo aguardaba en casa.

Tras introducir una moneda de un euro en una las ranuras, las gigantescas figuras del exterior, que representaban monstruos prehistóricos, movieron párpados, bocas, picos y patas chirriando. El chileno tuvo que esquivar a varios jóvenes bebidos o drogados,

que transitaban por la zona a aquellas horas agradables del verano. Frente al museo de Otto Weidt, su mente hilvanó recuerdos. Se sintió culpable por descuidar la búsqueda de Inge Weide, su abuela, iniciada un año atrás. No tenía excusa, debía esforzarse en buscar a su familia alemana: telefonaría cuanto antes a Rose Hofmannsthal, la historiadora que coordinaba la red de memoriales de la resistencia alemana y con quien había establecido una buena amistad a los pocos meses de llegar a Berlín.

Tras pasó el portal que daba acceso al patio interior y anduvo por Rosenthalerstrasse hasta la parada del tranvía de Hackescher Markt. Las putas que se pavoneaban por la acera lo abordaron con descaro. Lo altas que eran, sumado a una estilizada delgadez de *barbies* danzantes sobre tacones altos y puntiagudos, le despertó la curiosidad. Como el tranvía tardaba, paró un taxi de vuelta al sepulcro posmoderno de Prenzlauer Berg.

Maksim Kazantev le abrió la puerta del apartamento; iba descalzo, con un albornoz de astracán medio abierto cuya negrura contrastaba con la piel blanca y el color rojizo del vello del pecho. Tenía cuarenta y cuatro años, era un poco más alto y musculoso que Ernesto, con un cráneo perfecto y los cabellos rojos rasurados al uno. Colocó los billetes en la máquina de contar y, tras verificar que estaban todos y que la numeración era la correcta, introdujo el dinero en una caja fuerte, oculta tras la fotografía en blanco y negro de un tren humeante. A continuación, se sirvió un vaso de vodka.

—¿Introdujiste lo que te di, tal como te dije? —le preguntó mientras se sentaba en un sofá de cuero blanco.

—Sí.

—¿Te vio alguien? ¿Estás seguro de que no había cámaras?

—Por supuesto que no. Manipulé el paquete en el baño de un locutorio de Neukölln y nadie pudo verme.

Maksim se levantó para correr las cortinas de la cristalera que daba a la terraza. Luego se bebió otro vaso de vodka y le susurró al oído:

—Quiero que te pongas el traje que más me excita. Está en una bolsa de plástico oscuro en el primer cajón del armario.

Maksim sacó un gramo de coca de una caja de plata, que con cautela distribuyó en rayas sobre el cristal de la mesa baja. Volvió a llenarse el vaso y sirvió otro a Ernesto, que ya no veía con tan buenos ojos las noches de lujuria. Le agobiaban tanto sexo, tanto vicio y tanta locura. Por Maksim sentía una atracción obsesiva, a pesar de haber sido en Chile un joven reprimido por culpa de una educación severa, pero el ruso se estaba volviendo fetichista y Ernesto añoraba la sexualidad cariñosa que tanto le había ayudado, cuando se intercambiaban intimidades sobre sus vidas tan dispares. ¡Cuánto había crecido gracias a aquel hombre que había sido como un maestro!

Maksim debía comprender que la relación anduvo bien hasta que la coca empezó a hacer su trabajo. Aun así, en el baño, Ernesto se quitó la camiseta. Aunque aún no le hubiera pagado, según sus cálculos había ganado suficiente dinero como para despreocuparse del tema durante una buena temporada. Mas, por mucho que intentara alejarse, se sentía atrapado en una dependencia que le impedía concentrarse en asuntos en los que el ruso no estuviera involucrado. Se contempló en el espejo sin complejos y se vio esbelto. Se perdió en el vestidor. Tenía talento para los disfraces y las caladas de porro lo mantenían desinhibido. Reapareció enfundado en el traje de charol negro, con el látigo en la mano. Accionó las pantallas de plasma de los dos televisores y reguló los jadeos de las películas porno hasta un tono de duermevela. Cuando Maksim apagó las luces, el reflejo de las pantallas sumergió la habitación en el morbo escenográfico de una sala de operaciones.

—¡Aspira! —ordenó Maksim.

Atrapado por la pasión, el propósito de enmienda se vino abajo. Ernesto, con furia de arrabal, descorrió una larga cremallera y le ordenó insolente que se arrodillara junto a él. Maksim avanzó a cuatro patas con los ojos comidos por el deseo.

—Chúpamela hasta el fondo —exigió Ernesto. Maksim se aproximó a gatas balbuceando y Ernesto se dejó ir.

Un latigazo contra el suelo impuso el juego de la noche.

Concluido el ritual, abrazados en la bañera, Ernesto le dijo entre risas:

—El paquete que me entregó Stanislav llevaba un lazo, y se me ocurrió comprar una bola de adorno en un bazar turco, meter dentro el lápiz de memoria que me diste y pegarlo al lazo.

Maksim lanzó una carcajada con ojos sardónicos y le mordió suavemente la oreja.

—¡Un adorno turco!

Maksim se levantó y fue en busca de los albornoces.

—Está bien. Tu ingenio te da derecho a algo más de la paga acordada.

Desnudos bajo las sábanas, Maksim lo abrazó. Iba a repetirle que bajo ninguna circunstancia hablase con Stanislav sobre su encargo, pero decidió no volver a hacerlo. Le susurró que a la mañana siguiente iba a Uzhgorod en avión, una pequeña ciudad de los Cárpatos donde vivía su madre, y al cabo de un minuto se dio la vuelta y se durmió.

Ernesto no conseguía conciliar el sueño y empezó a sudar. La última mirada de Maksim lo había transportado a otro tiempo, cuando su padre se escapaba de casa a medianoche y él lo espiaba por la rendija de la puerta entreabierta de su habitación hasta oír el motor del ascensor. En aquella época, el adolescente no podía comprender por qué sus padres estaban siempre peleados. Durante la niñez y la adolescencia solo la abuela Aurora le había dado verdadero cariño. Una mujer casi anciana, que no era chilena sino española, que había sobrevivido a una guerra mítica y lejana y que vivía en Valparaíso.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta. De vez en cuando se oía el motor de algún coche. Los reflejos de los faros barrían las paredes del apartamento, y el zumbido reverberaba en la noche de una ciudad que cultiva el silencio a cualquier hora. Con los ojos enrojecidos, Ernesto oyó la voz grave del padre revoloteando en su interior como si fuera el estribillo de una copla siniestra, recordándole que era su hijo y que debía dejar de condenarlo.

Sentado al borde del lecho con ojos de búho, empezó a emitir silbidos y a batir palmas con la esperanza de que Maksim dejara de lanzar bufidos. Nada. De un salto se puso en pie, fue hasta el sofá de la sala y apartó la ropa que había quedado desparramada. Se durmió al entrever, bajo los párpados, la silueta de Villa Angol,

la apacible hacienda donde vivieron sus abuelos Usabiaga, junto al océano Pacífico. Las balconadas, las columnas clásicas del patio central, los arcos, la palmera, los muebles *art déco* y los escondrijos del jardín permanecían parapetados en su imaginación. Él había heredado parte de la hacienda y la casa de los guardeses. Con nostalgia, soñó que la reconstruía con la ayuda de Maksim, el primer hombre al que había querido.

A las seis de la mañana sonó el móvil de Maksim. Ernesto se despertó. Desde el salón se escuchaban palabras entrecortadas en ruso, entre exclamaciones inquietantes provenientes del dormitorio. Solo entendió dos palabras: «Kiev» y «general». Cuando colgó, Maksim fue hasta el sofá donde Ernesto trataba de dormirse de nuevo. La luz de la mañana se colaba entre las cortinas. Maksim, fuera de sí, lo agarró sin contemplaciones, lo puso bocabajo y lo penetró sin condón.

—Te doy una hora para evaporarte. Llévate todas tus cosas de esta casa. En una semana tienes que haber desaparecido de Alemania —le gritó con ojos desorbitados en cuanto se puso de pie.

—¿Qué?

Ernesto, perplejo, no sabía cómo calmar a aquel hombre que de repente había enloquecido.

—Stanislav te citará el viernes por la mañana en el hotel. Él te dará el código de la cuenta corriente del banco suizo donde abonarán tu paga. Nunca le digas que has medio vivido aquí. Nuestra relación ha terminado. Y ya sabes, si no quieres problemas mantén la boca cerrada para que no te piquen la lengua las avispas. —Y apostilló—: Jamás ha habido nada entre nosotros.

Maksim era temperamental, pero hasta la fecha jamás había demostrado semejante crueldad. ¿Cómo podía haber cambiado de actitud tan de repente? La llamada era el detonante. ¿Acaso había surgido algún problema con la entrega? Él había pasado el disco duro de Stanislav y ocultado discretamente el lápiz de memoria de Maksim. El problema quizá viniera de ese general de la llamada, o de Stanislav. Con los rusos nunca se aclara uno. Estaba aterrado por la posibilidad de que Stanislav hubiese descubierto lo que él había ocultado. Ernesto recogió sus cosas apresuradamente, sin

conseguir apenas tragar saliva. En los minutos que le quedaban debía azuzar el ingenio en busca de un final distinto. No podía fallar.

Durante las dos últimas horas que pasaron juntos, Maksim se rindió entre abrazos.

—A quién coño le importa nuestra historia. Te voy a dar ahora el dinero por el trabajo de estos meses. Quizá no me alcance para pagarte la última entrega. Es mejor que Stanislav no te vuelva a ver en la vida. Si Stanislav intuye algo y lo cuenta, le volaré los sesos. Pero ocurra lo que ocurra, nunca me aborrezcas. Ya no soy el mismo y solo te pido tiempo. Soy un hombre casado, tengo tres hijos y una posición complicada.

—Quizá regrese a Chile. Aunque necesitaré más de una semana para poner en orden mis ideas.

Ernesto no pensaba regresar, y menos teniendo dinero y una promesa pendiente que cumplir en la capital de Alemania.